

palacio para las épocas en que se retiraba á sus ejercicios religiosos (1). Era bajo, de un solo piso, como ya he dicho; pero en el centro se levantaba otra sólida habitacion que le daba al conjunto un aspecto agradable y regio. Cercaba el palacio un grueso muro de piedra, con varias torres distribuidas á determinadas distancias que servian de defensa. Cortés miró todo esto con satisfaccion, pues podia formar allí una ciudadela inexpugnable en caso de hostilidad de parte de los mejicanos.

Examinado detenidamente el edificio, en el cual se alojó cómodamente su fuerza y el ejército tlaxcalteca, se ocupó en la conveniente disposicion para atender á la seguridad, como si se hallase al frente del enemigo. Colocó la artillería en los puntos dominantes y á la entrada de la puerta que miraba á la calle; situó á los soldados españoles en las piezas mejor dispuestas para poder acudir pronto al peligro; destinó los grandes patios y corredores para los tlaxcaltecas, y distribuyó centinelas en las azoteas, en las torres del muro y en otros sitios importantes, con la misma diligencia y precaucion como si esperase de un momento á otro un asalto. Conocia que la vigilancia equivalia á un ejército; y viendo lo reducido del suyo, se veia precisado á redoblarla para hacer frente á los grandes peligros de que estaban rodeados. Comprendiendo que el menor disgusto entre sus soldados y los habitantes de la

(1) «Nos llevaron á aposentar á unas grandes casas, donde habia aposentos para todos nosotros, que habian sido de su padre el gran Moctezuma, que se decia Axayaca, adonde en aquella sazón tenia el gran Moctezuma sus grandes adoratorios é ídolos.»—Bernal Diaz.

capital podria provocar un conflicto y sembrar dificultades en el camino de los proyectos que acariciaba, prohibió, bajo pena de muerte, que ningun individuo saliera del cuartel sin presentar una orden suya.

Tomadas las disposiciones referidas, se dió principio á la comida.

Moctezuma habia mandado que se diese un espléndido banquete al caudillo español y sus oficiales. La orden se cumplió con estricta escrupulosidad. Delicadas aves, peces de diversas clases, exquisitas frutas de todas las zonas, bebidas espirituosas, entre las cuales se hacia notable la del cacao, todo fué servido en abundancia. Un número considerable de esclavos de la casa real, colocados detrás de los obsequiados huéspedes, se ocupaban en el servicio de la mesa, manifestándose ansiosos por complacerles cumplidamente.

La comida dispuesta para los soldados, y servida tambien por esclavos, si no contó con las delicadas viandas que se hallaron en el banquete dado á la oficialidad, fué en cambio muy abundante y bien sazónada.

Terminada la comida, los soldados se ocuparon en limpiar y componer sus armas, asear los caballos y arreglar su calzado y sus vestidos.

Hernan Cortés, con los principales capitanes, recorrió de nuevo el edificio, observando cuidadosamente la situacion que ocupaba en la ciudad (1).

(1) Prescott supone que despues de la mesa, los expedicionarios se entregaron «á dormir la siesta», dice, «no menos importante para un español que el

Una hora despues de haber terminado el banquete se volvió á anunciar la llegada del emperador azteca al cuartel español. Iba con el mismo fausto con que salió al encuentro de Cortés y que era el acostumbrado constantemente cuando se presentaba en público. Llevaba un séquito numeroso, compuesto de los individuos pertenecientes á la primera nobleza. El general castellano, acompañado de sus capitanes, salió á recibirle á la puerta, manifestándole las mas altas consideraciones.

Entrando luego juntos en la sala principal, perfectamente esterada y tapizada, Moctezuma hizo extender sobre finos petates y blancas mantas un costoso presente que conducian sus esclavos para el caudillo español. Cinco mil vestidos de algodón finísimos, lujosos mosaicos de pluma y curiosas telas de diversos colores, de un tejido delicado, ocuparon un gran espacio de la pieza. Luego, tomando de las manos de un noble un paño perfectamente bordado, lo abrió, dejando ver delicadas alhajas de oro, plata y pedrería, de gran mérito artístico, que entregó, como afectuosa demostracion de aprecio, á Cortés (1).

mismo alimento». No era Cortés quien dormia siestas en esa época, ni tampoco sus soldados, agobiados siempre por el trabajo y despiertos por el cuidado.

(1) Eran notables los mejicanos en el trabajo del oro y de la plata, así como en el de las piedras preciosas. «Los plateros de Madrid, dice Boturini, viendo algunas piezas y brazaletes de oro con que se armaban en guerra los reyes y capitanes indianos, confesaron, que eran inimitables en Europa.»

Oviedo, elogiando el modo de engastar las joyas, dice: «Yo vi algunas piedras jaspes, calcedonias, jainitos, corniolas, é plasmas de esmeraldas é otras de otras especies labradas é fechas, cabezas de aves, é otras hechas animales é otras figuras, que dudo haber en España ni en Italia quien las supiera hacer con tanta perfeccion.» *Historia de las Indias*, MS.

Entregado el presente, Moctezuma suplicó á Cortés que tomase asiento, y haciendo él lo mismo, se dispuso á hablar.

Marina y Aguilar se colocaron cerca de ellos para servir de intérpretes.

La nobleza azteca y los oficiales españoles permanecian de pié, guardando un respetuoso y profundo silencio.

Empezó Moctezuma por felicitarse de haber recibido en su capital la visita del enviado de uno de los monarcas mas poderosos de la tierra, en quien residian, lo mismo que en sus ilustres compañeros, el valor de los héroes y los sentimientos mas levantados de nobleza. Se manifestó instruido de todos los acontecimientos de los expedicionarios desde su llegada á Tabasco, y elogió la conducta humanitaria observada con los vencidos.

Hacia tiempo, dijo, que el país sabia, por sus sagradas profecías, que llegarían unos hombres del Oriente á tomar posesion de todo el territorio azteca, donde se habian establecido los mejicanos despues de haber salido de su patria Aztlan y de haber vagado errantes por valles y montes. Los aztecas eran extranjeros, cuyo mando cesaria en el momento en que se presentasen los prometidos por su dios Quetzalcoatl, á quienes les tocaba de derecho el señorío. Esos hombres habian llegado. Convencido de ello, ponía á su disposicion el reino entero, protestando obsequiar su voluntad y respetar sus disposiciones. «Sé, añadió, que mis enemigos, entre los cuales figuran muchos de mis antiguos vasallos, que se han rebelado desde vuestra llegada, me han calumniado con vos; pero os aconsejo que no creais mas que lo que llegueis á ver por vuestros

ojos. Os han dicho, al hablar de mi grandeza, que eran de oro las paredes de mis palacios, el pavimento de mis salones y el servicio todo de mi casa. Pero ya lo veis, los edificios son de piedra, cal y tierra. Por lo que hace á mi naturaleza, habrá habido quien os haya asegurado que soy uno de los dioses que tomo la forma que deseo; mas tampoco es cierto, pues como estais viendo, añadió cogiendo con sus dedos el cútis de su brazo, soy de carne y hueso, mortal y palpable como vos (1). Cierto es que poseo algunos objetos de oro heredados de mis antepasados; pero todo lo que tengo lo pongo, con la mejor voluntad, á vuestra disposicion.»

Cortés le dió las gracias por su generosa oferta y por el honroso concepto que tenia formado de los españoles. Dijo que era enviado por el monarca mas poderoso de Europa; pero que el objeto de su embajada no era alterar en nada el orden establecido ni despojar del poder al digno soberano que estaba al frente de los destinos de la nacion, sino establecer con él una alianza firme y una amistad perpetua. Añadió que aunque descendiente el rey de España del respetable Quetzalcoatl, y con derecho, por lo mismo, á la posesion del país, no queria el reino de Méjico, sino el afecto de su monarca, y darle á conocer los salvadores preceptos de la religion católica que él profesaba, á fin de que, si juzgaba prudente adoptarlos, lograrse hacer aun

(1) «Veisme aquí que so de carne y hueso como vos y como cada uno, y que soy mortal y palpable. Asiéndose él con sus manos de los brazos y del cuerpo.» — Cortés, segunda carta á Carlos V.

mas felices de lo que eran á sus pueblos. Cortés creyó prudente no hacer mas que insinuar este punto, y dijo que se reservaba hablar de ellos para mas oportuna ocasion en que el magnánimo emperador se dignase concederle una conferencia. Aceptó gustoso Moctezuma la proposicion para la próxima entrevista. Luego, como hombre deseoso de conocer el rango de cada persona para tratarla segun su elevacion, preguntó á Hernan Cortés por el grado y condicion de ellas, y si eran parientes del monarca que les habia enviado. Satisfizo el jefe español á la pregunta, indicando la categoría de los individuos de su ejército, y diciendo que, con respecto al parentesco con el soberano, á todos les unia el lazo de familia.

Satisfecho Moctezuma de la entrevista, se despidió afectuosamente.

Pocos momentos despues, el espléndido emperador mejicano envió otro rico presente para que lo distribuyese Cortés entre sus compatriotas. Destinó á cada uno de los capitanes diversas joyas de oro y tres cargas de ricos vestidos de plumas, y dos fardos de vestidos de algodón á cada soldado.

La generosidad del monarca azteca llamó la atencion de los españoles.

En ella se revelaba la bondad de corazon del atento soberano.

Todos quedaron contentos de la recepcion.

El dia 8 de Noviembre de 1519, quedaria grabado para siempre en la memoria de Cortés y de sus compañeros.

Hacia siete meses que el ejército habia desembarcado

en las abrasadas playas, sin saber la importancia del suelo que pisaba.

Mas tarde, cuando se llegó á conocer su extension y riqueza, los tímidos quisieron retroceder.

La constancia de Cortés les animó á continuar la empresa.

La visita á Moctezuma, que habian tenido por quimérica, estaba realizada.

Sin Cortés no se hubiera llegado á Méjico.

Solo falta saber si en Méjico vieron realizadas las esperanzas que les hizo concebir Cortés.

APÉNDICE
